


# REY DE LOS GODOS

SANTIAGO CASTELLANOS

# REY DE LOS GODOS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: octubre de 2023

© Santiago Miguel Castellanos, 2023  
© de la presente edición: Edhasa, 2023  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6270-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 16702-2023

Impreso en España

*A mis hijos, Vega y Enrique.*

## Dramatis personae

En cursiva, personajes históricos.

*Agila*: rey godo. Tuvo que enfrentarse al rebelde Atanagildo, que logró el apoyo de las tropas del Imperio romano de Oriente. Fue asesinado en Emérita en 555.

Amando: monje y clérigo en Santa Eulalia y en el obispado de Emérita.

Antestio: jefe del grupo de «los infames» en el complejo de Santa Eulalia.

Apolodoro: dueño de una supuesta tienda de especias en Toletum.

Aprilio: viejo rival de Basilio en el obispado de Emérita.

*Atanagildo*: rey godo entre 555 y 567. Se rebeló contra el rey Agila, dando lugar a una guerra que duró varios años. Esposo de Gosvinta, del matrimonio nacieron Galsvinta y Brunequilda, que se casaron con reyes francos.

Basilio: rival de Amando y de Aprilio entre el clero y los monjes de Emérita.

*Claudio*: noble romano de Emérita, fue *dux* de Lusitania, gobernador y jefe militar de la provincia, y uno de los más potentes generales de Recaredo.

Draconcio: fortachón del grupo de «los infames» en Emérita.

Elia: noble de Emérita. Pertenece a la aristocracia de tradición romana.

*Eufemio*: obispo católico de Toletum.

Faustino: bibliotecario del monasterio de Santa Eulalia en Emérita.

*Fidel*: obispo de Emérita en el siglo VI. Sucedió a su tío Paulo y antecedió a Masona.

Gaudencio: antiguo *dominus* expropiado en Emérita.

Gaudila: amigo de Masona y de Sergio; hijo de Teodulfo, la familia pertenece a la aristocracia goda.

Gelio: agitador del grupo de «los infames» en Emérita.

*Gosvinta*: esposa del rey Atanagildo (muerto en 567) y del rey Leovigildo (fallecido en 586). Madre de Brunequilda y de Galsvinta, y abuela de Ingunda, esposa de Hermenegildo.

*Hermenegildo*: hijo mayor de Leovigildo y hermano de Recaredo. Casado con Ingunda, nieta de Gosvinta e hija de Brunequilda, se convirtió al catolicismo en Híspalis, tutelado por el obispo Leandro. Se rebeló contra su padre. Perdió la guerra civil y fue ejecutado en Tarraco por un tal Sisberto.

*Isidoro*: hermano menor de Leandro y obispo de Híspalis, actual Sevilla, entre *ca.* 600 y 636. Será uno de los personajes más influyentes en la Hispania visigoda y uno de los autores más prolíficos de su tiempo. Sus obras fueron copiadas y circularon por doquier posteriormente en la Europa medieval. En la novela aparece en su juventud y a la sombra de su hermano mayor.

Jana: jefa absoluta del «reino» que porta su nombre en Toletum.

Lauco: cerebro inerte del grupo de «los infames» en Emérita.

*Leandro*: obispo de Híspalis, actual Sevilla, entre *ca.* 577 y *ca.* 600. La familia era originaria de la Cartaginense. Leandro negoció con el Imperio romano de Oriente el eventual apoyo a la rebelión de Hermenegildo. Regre-

só de Constantinopla años después. Participó en el concilio III de Toledo (589). Su hermano menor, Isidoro, fue su sucesor en el obispado hispalense.

*Leovigildo*: rey goda entre ca. 568 y 586. Se casó con Gosvinta, viuda del rey Atanagildo. Tenía hijos de una unión anterior: Hermenegildo y Recaredo. Estalló una guerra contra el primero, que fue derrotado y ejecutado; el segundo fue su sucesor en el trono. Amplió las bases territoriales, fiscales, jurídicas y políticas del reino goda.

Lino: jefe del *fiscus regio*.

*Masona*: obispo de Mérida desde ca. 572/3 hasta su muerte en los primeros años del siglo VII. Sufrió exilio por orden de Leovigildo, aunque pudo regresar a su sede. Participó en el concilio III de Toledo.

Modesto y Elio: respectivamente, padre y hermano de Elia.

*Paulo*: obispo de Emérita a mediados del siglo VI. Originario del Mediterráneo oriental, tenía conocimientos médicos e intervino a la esposa de un noble romano de la ciudad. Heredó el inmenso patrimonio de la pareja, que utilizó como mecanismo de negociación para imponer la sucesión en su sobrino Fidel.

Pomponio: esposo de Elia y colaborador de Claudio.

Porfirio: encargado del archivo y de los *scrinia*, los principales departamentos burocráticos de la corte goda en Toletum.

*Recaredo*: rey de los godos entre 586 y 601. Se mantuvo al lado de su padre Leovigildo en la guerra civil contra Hermenegildo. Se convirtió del arrianismo al catolicismo hacia 587, y convocó el concilio III de Toledo (589), que escenificó la conversión general del reino y de sus magnates. Le sucedió su hijo Liuva II, que fue apartado y asesinado por Witerico en 603.

Sabiniano: abad del monasterio de Santa Eulalia en Mérida.

Saurio: mercader que, procedente del Imperio romano oriental, llega a Emérita en la época del obispo Paulo.

*Sega*: magnate godo que se rebeló en Emérita contra Recaredo.

Sergio: protagonista de la novela y autor de unas amargas memorias de un confidente de reyes godos.

*Sisebuto*: rey godo entre 612 y 621. Estuvo en estrecho contacto con Isidoro de Sevilla, compuso textos literarios, y persiguió a los judíos. Isidoro da a entender que fue envenenado. Fue sucedido por su hijo Recaredo II, que duró en el trono solamente unas semanas.

Sunildo: obispo arriano en Toletum.

*Suna*: obispo arriano de Emérita en la época de Leovigildo. Se rebeló contra Masona y Recaredo en 587/588.

Teodulfo: padre de Gaudila y miembro de la corte del rey godo Agila.

Tesquio: abad de Santa Eulalia tras Sabiniano.

*Uldila*: obispo arriano de Toletum. Urdió, probablemente junto a Gosvinta, una conjura contra Recaredo *ca.* 587/588.

Venancio: jefe de escribas regioes en la corte de Toletum.

Vigilancio: monje que sufre las aberraciones del grupo de Antestio en el monasterio de Santa Eulalia.

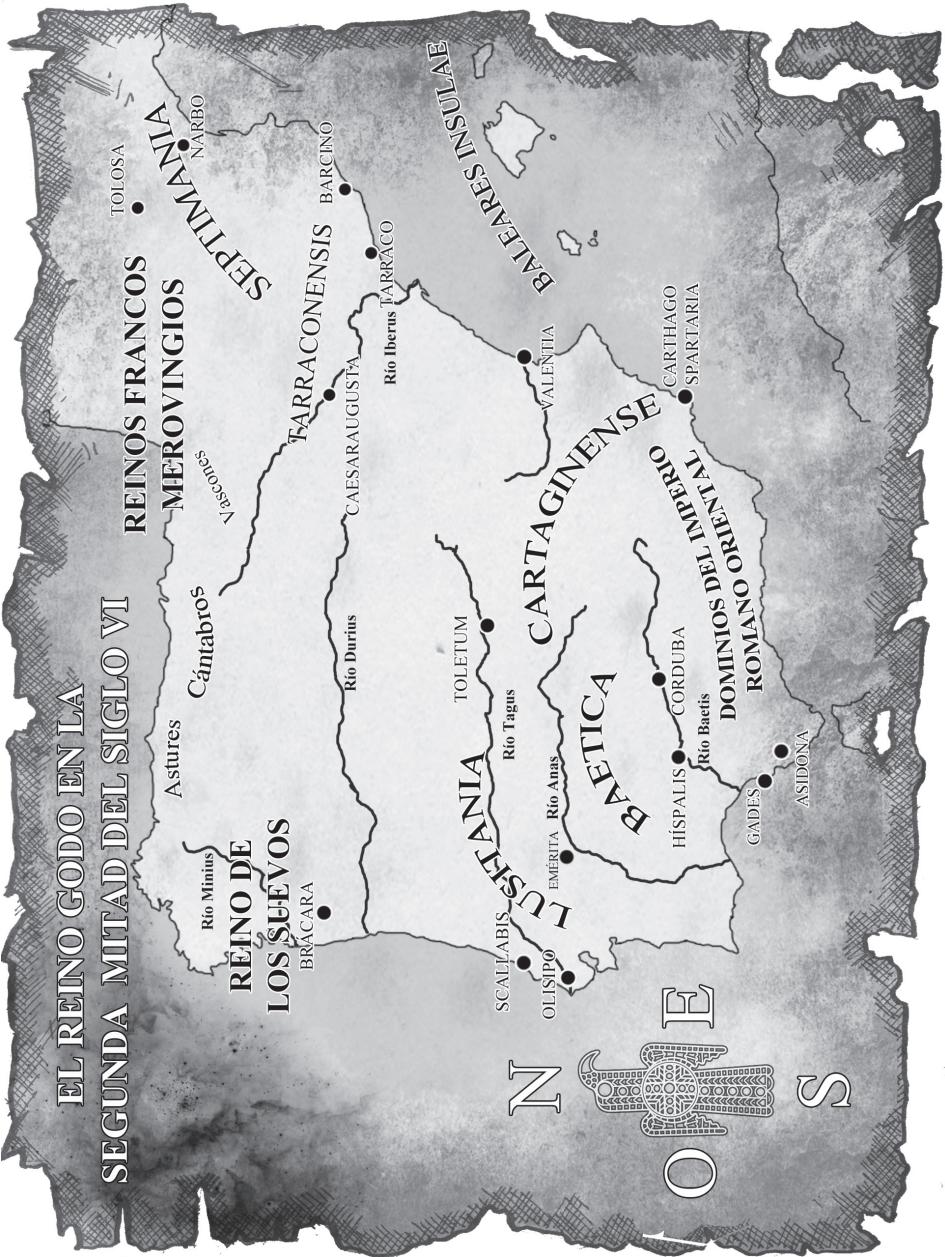
*Witerico*: rey godo entre 603 y 610. En su juventud, había participado en la conjura contra Masona y Recaredo en Emérita 587/588, aunque se retiró en el último momento e informó al *dux* Claudio, que desbarató el movimiento. Accedió al trono en 603, tras apartar a Liuva II, hijo y sucesor de Recaredo. Fue a su vez asesinado como consecuencia de una conjura aristocrática.



**EL REINO GODO EN LA  
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO VI**

**REINO DE  
LOS SUEVOS**

**REINOS FRANCO  
MEROVINGIOS**





## Prólogo

*1 de febrero del 621*

Escribo estas líneas en mi vejez, próximo a cumplir los ochenta años, en la ciudad de Toletum, sede regia del *regnum Gothorum*.

El rey se encuentra mal. Se muere.

Ha sido envenenado.

Están preparando a su hijo, el niño Recaredo, para que entienda que el fin de su padre, el rey Sisebuto, está muy próximo. Es cuestión de días, acaso de horas.

Debo estar al lado del chico. Su padre así lo quiso y me lo ordenó cuando aún podía hablar.

Y también porque yo, Sergio de Emérita, estuve junto al primer Recaredo incluso antes de que este reino fuera católico. Si mi decrepitud me lo permite, tutelaré sus primeros pasos como rey. Él será el segundo Recaredo.

Ahora sólo deseo recordar mi origen y todo aquello que perdí. Quizá, porque me hallo en la antesala de mi propia muerte, pero mi memoria, ya muy fragmentada, vuelve una y otra vez a aquellos instantes fugaces de la juventud. Y es a partir de ellos cuando da un salto hacia los días en los que, al lado de aquel primer Recaredo, participé en el gran juego, que no era otra cosa que el destino de Spania.

Aquel combate que se dirimía en el pasado, la conversión del reino de los godos, era mi propia historia.

La historia de mi tragedia.

Primera parte

Ruptura

# 1

*Emérita, otoño del 554*

Aquella mañana otoñal, cuando acompañé a mi tío a la abadía, el sol brillaba pleno, sin ninguna nube que lo envolviese. Sería la primera de muchas en el monasterio.

Él tenía otras bocas que alimentar, su esposa y sus tres hijos, y no podía mantenerme por más tiempo. Así que, como a tantos otros, me tocó entrar en la caridad de Santa Eulalia, la mártir de los tiempos romanos. Pero todo eso, claro, lo supe luego.

El monasterio había sido levantado, poco a poco, junto a la iglesia construida sobre una tumba de la necrópolis de un *suburbium* al norte de Emérita, muy cerca de las murallas de la ciudad: el mausoleo de la niña ejecutada por los gobernadores romanos.

Todo había ocurrido más de doscientos años antes, y la inicial sepultura, bajo el altar de la basílica, dio lugar a una cripta. Y todo el conjunto se fue convirtiendo en una gran tumba. O, mejor dicho, en un aluvión de decenas de ellas. Los ricos, los gerifaltes eclesiásticos y monásticos, todos aquellos dispuestos a entregar donaciones al complejo de Santa Eulalia, se apelotonaban en vida para volver a agolparse una vez muertos y ser enterrados junto a los restos de la mártir.

Gracias a la fama del lugar, el monasterio fue recibiendo más y más visitas de fieles de toda la Lusitania,

y también del resto de Hispania, de la Galia, de Italia, del norte de África e, incluso, del Imperio romano de Oriente.

Aquel día, yo tendría unos doce años.

Salimos al alba de nuestro *vicus*, un poblado situado al sur del Anas, el río que discurre junto a la ciudad. Mi tío me contó que iba a negociar sobre un par de cerdos y un pollino para el monasterio, que yo ya empezaba a ser mayor y que debía acompañarlo, porque la vida estaba llena de responsabilidades.

Yo, claro, no intuía nada. Pero se estaba despidiendo de mí.

Sin embargo, en el camino, mientras cruzamos el río y bordeamos la ciudad por el oeste, con las murallas a nuestra derecha, mi tío se mostró muy locuaz, siendo como era de natural callado. Y parecía tener prisa.

—Vamos, Sergio, mueve el culo. —Recuerdo bien sus palabras, porque fueron las últimas que me dirigió.

Una vez pasado el portón principal, me pidió que esperase en el patio, que él tenía que hablar con los monjes. Pero no habló, sino que solamente me hizo un gesto con la mano derecha y miró hacia los monjes.

No lo volví a ver.

\* \* \*

Es curioso cómo a veces los recuerdos de los días más importantes de nuestra vida se nutren de detalles. Suele suceder en los más alegres, pero también en los funestos. Y digo esto porque mi memoria se empeña en recordarme algo de aquel instante, ahora que el próximo otoño llegaré a los ochenta años. O eso creo, pues mis tíos no sabían bien cuándo mis padres me trajeron a este mundo.

Se me quiebra el espíritu, porque no los recuerdo en absoluto. Murieron cuando yo era muy niño, en una refriega en el entorno de Emérita, o eso me contaron. Por aquel entonces, los señores de la guerra, los bárbaros, y algunos *domini* romanos, campaban a sus anchas. Un año unos proliferaban con cierta hegemonía; otro, otros. Así que mis tíos se ocuparon de mí.

Ahora me doy cuenta de que las cosas no han cambiado tanto. A pesar de los esfuerzos de tantos, incluso míos, por conseguir una paz duradera en Spania. El rey Sisebuto, a quien Dios tenga en su gloria en cuanto cierre sus ojos para siempre, ha estado muy cerca de lograrla, gracias también a los consejos de Isidoro, obispo de Híspalis. Dios guíe a ambos: a Sisebuto, para que se congracie con el Altísimo; a Isidoro, para que lleve a buen puerto su influencia en el reino y en toda Spania.

Circula por las calles de la capital un rumor siniestro. Las paredes bien informadas cuchichean. Se cuenta que el envenenamiento del rey tiene que ver con la persecución contra los judíos, algo que yo mismo alenté. Aunque hay quien dice que eso es falso y malintencionado, que alguien cercano a él lo ha envenenado por ambición.

Dios se apiade de Spania, porque de mí no creo que lo haga.

Mientras otros se afanan por decidir el destino de tantos, yo, que ya lo he hecho en demasía, me entrego a recoger mi vivencia, por si pudiera interesar a los que nos gobiernan en estos años y en los futuros. Decidí en su momento que mi nombre fuera eliminado de los registros oficiales, y estos pergaminos, será el propio Isidoro quien decida qué hacer con ellos.

Mencionaba antes la cuestión de los detalles, sí, los detalles de los días más importantes de nuestras vidas. La

misma memoria que no me permite recordar a mis padres me fustiga con la imagen vívida de aquella mañana soleada, el patio del monasterio, los monjes yendo de un sitio para otro, las gallinas que pasaban junto a mis piernas. Aquella fría y terrible sensación de orfandad.

Ése es otro detalle que aún me azota. No tanto la orfandad en sí, que tardaría mucho tiempo en comprender, sino los pormenores que, sin yo saberlo aún, la anunciaban. El miedo me atenazó al ver que mi tío no regresaba. Aun así, el detalle más afilado que mi memoria me lanza es el recuerdo de cómo me cegaba la luz del sol.

Porque, a pesar de aquella brillantez turbadora, no sabía aún que iba a conocer a Elia aquella misma mañana.



## 2

El monasterio era, en realidad, un conjunto de pequeños edificios construidos con materiales muy modestos, en su mayoría adobe. Aunque había excepciones, que, como supe pronto, eran cada vez más frecuentes; pero, por aquel entonces, solamente en algunos rincones afloraba la piedra perfectamente trabajada y, en ciertos recovecos, se veía mármol, marfil y plata. El primero estaba presente en los aposentos del abad y de monjes veteranos. Los otros dos, en utensilios y en materiales reaprovechados de una antigua villa sobre la que se había levantado el primer monasterio. Los tres, en la iglesia, la joya del lugar.

Todo el complejo, los barracones de los monjes, el comedor, la biblioteca, las dependencias de los principales, incluso los corrales y las cuadras que quedaban algo más alejados, todo surgía como un sarpullido en los alrededores de la basílica de Santa Eulalia. La razón de ser del monasterio no era otra que el mausoleo de la mártir.

Hace mucho tiempo, demasiado, que no voy por allí; que no bajo las escaleras de piedra que, desde el altar, conducen a la cripta; que no me humillo y que no oro ante la pequeña estructura rectangular, siempre con ofrendas y rodeada de sepulturas en las que se custodiaban los restos de la muchacha: sus sagradas reliquias; que no percibo el olor de sus velas, el tacto de los cortinajes que se dispusieron para separar el mausoleo del resto de la cripta; que no me topo con el trasiego de los fieles.

La iglesia estaba formada por tres naves en el interior, separadas entre sí por fuertes columnas. En el exterior, dos torres le daban un aspecto de fortaleza; aunque para cuando yo las vi por vez primera solamente mostraban el arranque de los basamentos, luego se dejarían ver desde cualquier punto de los suburbios al norte de la ciudad. Fue el obispo Fidel quien, años más tarde, las iba a culminar. En cierto modo, su existencia es la herencia de aquel hombre santo.

Esa rivalidad entre la ciudad y su *episcopos*, por un lado, y la iglesia de la mártir, por otro, explica muchas cosas. Lo fui entendiendo con el tiempo. Controlar el culto a la mártir, a sus reliquias, las donaciones, las esperanzas de las multitudes, suponía un campo de batalla. Y no sabíamos que estábamos de lleno en él.

\* \* \*

El sol me cegaba mientras aguardaba en aquel patio, en la confianza de que en cualquier momento iba a aparecer mi tío, apremiándome para volver al *vicus*. «Sergio, vámonos, tu tía me tirará de la oreja si llegamos tarde», imaginaba, cuando vi que un monje joven, de unos veinte años, caminaba hacia mí. No recuerdo su nombre; sólo sé que murió poco después, en una de las refriegas.

Fue justo entonces cuando la conocí.

Yo no me di cuenta, pero dos muchachas se acercaron a mí por detrás. Una de ellas me tomó por el brazo. Puedo escuchar ahora sus risitas, que me sacaron de mis pensamientos. Sin aún saber que iba a caer en otro mucho más duradero.

—Tú eres el nuevo, ¿verdad?

Era pelirroja y con un rostro blanquecino repleto de pequitas con expresión pizpireta.

No la volví a ver nunca, pero el sentido taimado que le dio a su pregunta y su tono, repleto de esa dulzura que precede a la mofa, repiquetean en mi memoria.

–Hemos venido a traer unos donativos –aclaró después de mencionar sus nombres–, y aquí todo se sabe. Por ejemplo, que hoy venía «un nuevo» –enfaticó sus palabras con una sonrisa burlona.

He olvidado el nombre de la pelirroja.

No, claro, el de ella.

Debían de tener más o menos mi edad. Elia permanecía en silencio junto a la pelirroja. Yo acababa de dejar de mirar hacia el sol, un poco porque la vista lo acusaba, otro poco porque me habían sorprendido. O asustado, ahora que lo pienso. En el *vicus* jugaba con otras chicas, amigas de mis primos, a las bolas de barro cocido. Una de ellas ganaba siempre, pues lograba que su bola amarillenta quedara más cerca de la pared que ninguna otra. Eran los escasísimos ratos en los que no teníamos que ayudar a mis tíos con las labores del campo.

No sabíamos que el tiempo de los juegos se acaba, y que no vuelve.

La pregunta de aquella muchacha pelirroja me abrió un horizonte nuevo. Y ahí me llegó el pavor. No sé si fue por el trasiego de los monjes, que iban de un lado a otro de aquel patio de tierra batida, que entonces me pareció enorme, casi inabarcable, por no ver a mi tío, o por el deslumbramiento de aquella luz cegadora. Aún hoy no acierto a entenderlo, pero no supe responder a la pelirroja.

Y fue entonces cuando Elia habló. Y algo se removió dentro de mí, y lo hizo para siempre.

–Sshhh, déjalo, está muerto de miedo.

Cada vez que rememoro aquel momento, me sigue sorprendiendo que la sombra de las dos torres de la igle-

sia del monasterio recayera sobre ella. Tenía una silueta esbelta, encajada en una túnica larga de tono verdoso claro y ceñida con un cíngulo de esparto muy fino, los cabellos largos, ondulados y brunos, y unos ojos del mismo tono oscuro. Aquella oscuridad enigmática que envolvía a Elia parecía producto de la sombra, pero se trataba, más bien, de una mimesis entre ambas. Y contrastaba con la cara y las manos, blanquecinas y finas, aunque enérgicas. Su voz sonaba dulce pero contundente, suave pero certera.

Estaba a punto de contestar cuando me llamó aquel monje que venía hacia nosotros.

—¡Sergio! —exclamó, y mi nombre resonó en el patio—. Eres Sergio, ¿verdad?

El monje podía haber sido el hermano mayor de la otra chica, también pelirrojo y cubierto de pecas. Me sonreía abiertamente, pero yo no dije nada.

Las dos muchachas me miraron divertidas, como esperando el santo advenimiento de mi contestación. Miré a un lado y a otro, y me limité a asentir.

—Anda, vamos, nos espera el abad Sabiniano. —El monje me tomó del brazo con suavidad, aunque me insistía con su sonrisa abierta.

Me condujo al único edificio que tenía dos plantas. Estaba construido con piedra, con grandes sillares rectangulares. Al igual que los arranques inacabados de las torres que parecían querer convertir a la iglesia en una fortificación, impactaba por su solidez. La puerta principal estaba inserta en unas pilastras de mármol con decoraciones vegetales, de las que me llamaron la atención las piñas: había muchísimas. El dintel, por el contrario, más sobrio, sólo se componía de unos pequeños rombitos. Mi mente, entre infantil y adolescente, al verlos enlazados unos con

otros, me sugirió la imagen de cientos de hormiguitas apiñadas en torno a unas migas de pan.

Al cruzar el umbral, se me ocurrió volverme y mirar hacia atrás. Mis nuevas amigas permanecían a unos diez pasos con la misma expresión divertida. No pude evitar maravillarme ante los rizos de Elia y sus ojos oscuros.

–Pronto nos veremos, Sergio –dijo la pelirroja.

Antes de notar cómo la mano del monje tiraba de mi brazo hacia el interior del edificio y cómo mi pie derecho pisaba sobre el suelo de mosaico, pude comprobar que Elia, a diferencia de su amiga, acababa de mudar el gesto.

Me miraba fijamente.

Después, sonrió.

Nos hallábamos en la sala que ocupaba el piso bajo. En los dos extremos había unas dependencias donde los principales del monasterio llevaban a cabo sus gestiones; allí recibían a los monjes, a los ricos de la ciudad que acudían a negociar una *donatio* para, cuando llegase la hora, ser enterrados en la cripta de la mártir o a los proveedores que recibían pagos por los víveres y manufacturas que el monasterio no era capaz de producir. En el piso superior se alojaban tanto el abad como los monjes superiores del monasterio.

Aunque, aquel día, yo no conocía nada de todo eso. Solamente percibía, a pesar de mis borceguíes, la frialdad del suelo, compuesto por un mosaico que evocaba las labores del campo: arriba, a la derecha, había campesinos segando, sembrando, recogiendo haces de paja, mientras que en la parte inferior vendimiaban entre vides repletas de racimos de uva oscura; a la izquierda, otros conducían a los ganados hacia el interior de los corrales, esquilaban ovejas, o limpiaban las crines a unos caballos. Mis ojos se centraron en un rincón, donde un niño acompañaba a un campesino en las labores de la vendimia, y entonces escuché una tos.

Me pareció propia de una voz hueca, retumbante, ajada por los años. Procedía justo del recodo menos iluminado de la estancia, al fondo, en mitad de una penumbra provocada por la ausencia de un ventanal. Por las paredes,

sin embargo, se abrían vanos estrechos y altos, equidistantes entre ellos, que se abrían paso a duras penas entre los muros de piedra.

Años después entendí por qué aquel hombre se ocultaba en el rincón. Mantener la distancia, envolverse en penumbra, desorientar al recién llegado, es una estrategia hábil para amedrentar a un invitado o a un preso.

–Joven Sergio, bienvenido al monasterio de Santa Eulalia. –Las sílabas resonaban en los muros. El temblor de la voz no erosionaba su autoridad–. Soy el abad Sabiniانو, al frente de este sagrado lugar hasta que Dios me lleve con él.

Era sólo un muchacho, y noté cómo un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Fue entonces cuando comencé a intuir que mi tío podría no regresar.

El monje pelirrojo salió apresuradamente de la sala. El anciano de voz lúgubre permanecía sentado, con las manos huesudas entrelazadas, iluminadas por una lucerna que tenía en el lateral de la mesa de madera. A su lado, dos monjes de edad madura lo flanqueaban, de pie, entre las sombras.

Uno de ellos, de rostro escuálido, como salido de ultratumba, y marcado con picaduras, dio dos pasos hacia mí. Su rictus era por completo inexpresivo.

–Sergio, has de saber que es un honor para ti formar parte de esta casa sagrada. Es tu obligación, desde este mismo momento, asumir tu condición de *puer* de Santa Eulalia, de muchacho al servicio de nuestra mártir, y debes jurar obediencia a tu abad.

Aquéllas fueron las primeras palabras que pronuncié en el monasterio. No había contestado a la amiga de Elia, ni a ella misma le dije nada; tampoco al pelirrojo que me guio hasta el abad. Mis primeras palabras fueron para ju-

rar obediencia. Un formulismo complejo que ha ido cambiando con el tiempo, pero que, en esencia, consistía en poner mi destino en sus manos y en las de nuestra mártir Eulalia.

El abad hizo un gesto despectivo con su mano izquierda, a una velocidad sorprendente, dados los temblores que la acuciaban. Los dos monjes comprendieron a la primera y salieron en silencio, dejándome a solas con él.

Yo era un simple chiquillo de un poblado de las afueras de Emérita y no entendía nada de todo aquello. Agaché la cabeza, triste, porque, pese a todo, sí llegué a enterarme bien de algo: mi intuición primera se confirmaba. Me quedaba solo.

Con gran esfuerzo, el abad se levantó de la silla y vino hacia mí, y entonces sí pude distinguir sus rastros bajo la fuerte luz que se colaba por los vanos. La penumbra seguía dominando, sin embargo, el rincón en el que la lucerna alumbraba tenuemente una parte de la mesa.

Sabiniano tenía por aquel entonces una edad parecida a la mía ahora. Los cabellos aún pueblan mi cabeza, aunque son blancos y hace años que han perdido cualquier brillo. El abad, sin embargo, sólo conservaba algo de cabello en los laterales, y justo encima de las orejas. Era el hombre más viejo que yo nunca hubiera visto. Ni siquiera el anciano Macrino, tan querido en todos los *vici*, lo alcanzaba en senectud.

Macrino había sido maestro en la ciudad hasta que la locura de los tiempos, las matanzas y amenazas, lo empujaron a dejar aquella vida acomodada, porque sus clientes eran los hijos de los *domini* más acaudalados. Cuando el miedo nos atenaza, cuando la inestabilidad y la pobreza aparecen, cuando la violencia nos empieza a rodear, los maestros desaparecen, pues son vistos como algo prescin-



dible. Y, como tantos otros, Macrino decidió marcharse a cultivar un huerto que había heredado de la familia de su mujer en uno de los riachuelos cercanos a Emérita, aunque, mientras conservó la vista, siguió enseñando los rudimentos a los niños de los *vici*. Yo fui uno de esos niños.

El recuerdo de Macrino me ayudó a sobrellevar el miedo mientras Sabiniano se acercaba a unas sillas. Arqueaba las cejas, compuestas cada una de ellas por apenas una docena de pelos, y no las arqueaba por ningún gesto nervioso, como me pareció la primera, la segunda y la tercera vez que lo hizo, sino en escuetos movimientos compulsivos del todo intencionados. A la vez, miraba hacia arriba y esbozaba una sonrisa abierta y desafortada, como satisfecho consigo mismo.

Sucedió entonces algo que me dejó aún más perplejo: un aparente alargamiento de su pescuezo, como si hubiera emergido del interior de su pecho en un tramo hasta entonces invisible. Quedó así expuesto un cuello delgado pero surcado por mil estrías, como un haz de pajas de las que yo apretaba en los establos de mi poblado, que permitió que su barbilla –afilada y muy mal afeitada– apuntara a las sillas.

Comprendí al fin lo que quería de mí y, en cuanto él tomó asiento, yo lo imité.

–Bueno, bueno, bueno. –El anciano tragó saliva e inspiró con fuerza. Volvió a toser e hizo una larga pausa. Yo temía que las estrías de su cuello interminable lo consumieran sin piedad–. Muchacho, tengo algo que decirte.

Entonces, terminé de sospechar y comencé a comprender. En ocasiones, hay un límite sutil entre una cosa y otra. Podemos intuir que algo malo nos va a suceder, pero no tenemos la certeza, e, incluso cuando la tenemos, podemos no entender lo que ocurre. En apariencia, cuan-

do comprendemos abandonamos el terreno de la ignorancia, que es donde crece la intuición. Pero, con los años, me he dado cuenta de que ésta es muy poderosa. Lo he aprendido a fuerza de golpes. Y aquél fue el primero, sin yo saberlo aún. Sin embargo, estoy seguro de que Sabiniano podía leer mis pensamientos y se había dado cuenta.

Yo continuaba sin abrir la boca. Me había limitado a repetir desaforadamente las palabras que los dos monjes me habían ido susurrando para alcanzar el juramento comprometido.

—Tu tío vino a hablar conmigo hace unos días —continuó de repente Sabiniano—. Bueno, en realidad —carraspeó, pero logró evitar la tos—, en realidad, digo, lo había hecho antes. Había enviado a un conocido suyo, a un ganadero que comparece habitualmente por aquí.

Yo me estremecí.

—Hijo, vas a quedarte aquí. Tu tío no puede seguir manteniéndote. Desde hoy, eres un *puer*. Vas a recibir una educación, trabajarás con las manos y con el alma, y vas a crecer en la veneración a nuestra mártir, como monje de su monasterio y como clérigo de su basílica.

—¿Por cuánto tiempo, señor? —fue lo único que acerté a decir.

Ésa fue mi única reacción. No hubo llantos ni protestas, solamente la certeza de haber intuido una sospecha atroz.

—Para siempre, hijo. —Sabiniano me pidió con un gesto que lo ayudara a levantarse. Para mi asombro, el pescuezo retornó a su redil, de la misma manera mágica y siniestra en la que había emergido. Clavó sus ojos blanquecinos en los míos, y recuerdo la sensación de frialdad que me sacudió por dentro—. Estarás aquí el resto de tu vida.